

doña Carmen, mientras Enrique sin poder pronunciar palabra, besaba repetidas veces aquella idolatrada mano que consideraba ya suya; y la buena nodriza, deshecha en lágrimas, se arrojaba al cuello de la joven murmurando:

— Ahora moriré contenta.

En tanto Isabel hablaba al oído de su esposo, á cuyas palabras levantóse éste y dijo tendiendo su mano al feliz Enrique:

— Dios me hizo morir en aquel mundo de cieno para usar de su infinita misericordia, llevándome á un cielo del que procuraré hacerme digno.

.....
Momentos despues, con la emocion fácil de imaginar, regresaba la duquesa á su casa en compañía de su nodriza.

CAPÍTULO XI.

CONSECUENCIAS.

Desde la desagradable escena ocurrida entre Lola y sus señores padres, habiase apoderado del corazón de ésta tan intensa tristeza, que á pesar suyo la revelaba su rostro. Véasela en los paseos, en los teatros y reuniones con más frecuencia si cabe que ántes, mas no asistía á ellos con la misma alegría, no se mofaba ya, ni miraba con desden cuanto tenía en su derredor. Había penetrado hasta el escondrijo de la miseria, y comprendido que no son necesarios muchos escalones para bajar á ella, basta un paso mal dado para caer en sus garras, como resbalar con un grano de are-

na para descender al sepulcro. La palidez de su semblante y la melancolía de su corazón, que no bastaba á disimular su deseo, habian, como es consiguiente, dado lugar á la maledicencia, que es la más sabrosa comidilla del género humano. Particularmente las mujeres, y con más interes las jóvenes, sobre todo siendo feas, hilvanaban cada historia que no habia más que oír, no faltando quien tuviese la peregrina idea de ir á contárselas á su propia madre con el santo propósito de ver si con muchas mentiras descubria alguna verdad; mas la baronesa contentábase con subir su indignacion más allá de lo imaginable, y difícil le hubiera sido explicar lo que pasaba en el corazón de su hija, pues era incapaz de comprenderlo. Resultando de lo cual que tomaban colosales dimensiones los epigramas contra Lola y la cólera de la baronesa; é instigada por ella, mortificaba constantemente á su hija, haciéndola á veces verter amargas lágrimas, que no son por cierto un gran específico para curar la

tristeza, acabando por desatar su saña contra la mujer á quien bendecir debiera.

El conde del Redil, á fuer de hombre sesudo, miraba y oía, al parecer, con la mayor indiferencia cuanto creia relacionarse con la mujer cuya imágen llevaba en el alma; optó por visitar la casa muy de tarde en tarde, y sin embargo, estaba al corriente de todos los pasos, de todas las acciones de aquella. Condolióse al fin de ver marchitar por su causa tan hermosa flor, y entró una noche en el palco de los barones del Monte, y sentándose al lado de Lola, habló largamente con ella, cuyo apagado diálogo bastó á ahogar la voz del mismo Tamberlick, pues ni una belleza le prestó atención aquella noche, porque toda la necesitaban para fijarla en el opulento conde, que veian escapar de su red, si una ola bienhechora no lo apartaba de la que segun ellas le tendian en aquel funesto palco. Y lo más estupendo del caso era que la duquesa de Clarendon estaba en él, sonriendo bondadosamente al mirar á su pri-

ma... ¿cómo podían mirarse estas dos mujeres? ¿cómo podían sonreirse estas dos rivales? Sí, señor, rivales eran; todos lo sabían por la convincente razón de que lo decía todo el mundo, y cuando el mundo lo dice, estudiado se lo tiene.

Siento que entretenidos en estas digresiones no hayamos podido escuchar la conversación entre la bella Lola y el conde del Redil; mas llegamos aún á tiempo de oír que éste se despide de ella, diciéndola:

—Tendré el honor de verla á usted más á menudo.

—Será un placer para mí, conde.

—Conseguirá mi presencia disipar de tan bello rostro ese tinte de melancolía?

Contestóle la jóven con una singular mirada, que debió comprender el del Redil, pues apretándole fuertemente la mano, la dijo á media voz:

—Hasta muy pronto.

Tan pronto fué, que al día siguiente, á las tres de la tarde, un criado le anunciaba en el gabinete particular del baron, con

el que habló algunos minutos, haciendo éste llamar apresuradamente á la baronesa, ante los cuales el conde del Redil pidió con toda solemnidad la mano de la bella Lola. Figúrense mis lectores lo que pasaría en el ánimo de sus excelencias ante la perspectiva de tan bello enlace, de la realización de todos sus sueños; faltóles voz y tiempo para dar su consentimiento, y de tal gana lo dieron, que pudiera quedar satisfecho el hombre más escrupuloso. Después de cumplidas todas las formalidades y agotados todos los cumplidos, creyó del caso la baronesa llamar á su hija para oír de sus labios su consentimiento, pues aun cuando ellos se lo tenían sabido, no estaba de más aquella pantomima delante del conde, é iba á tirar del cordón de la campanilla para hacer pasar aviso, mas detúvola el del Redil, diciéndola:

—Me atrevo á rogar á usted, señora baronesa, que tenga á bien presentarme en el gabinete de su hija sin avisarla.

Quedóse aquella sin saber qué contestar

á tan estúpida demanda, y pudo balbucear apenas:

—¿Trata usted de sorprenderla?

—No sé precisamente de lo que trato, solo sé que está más encantadora una mujer cuando cree que nadie la mira; yo siempre he visto á Lola en visita, y en visita la veré, si usted la llama, al paso que si vamos á visitarla sin que nos espere, la veré como deseo verla.

Sonrió la del Monte para disimular la contrariedad que tal deseo la causaba, y el baron se encogió de hombros como diciendo:

—Esto no es cuenta mia.

—¿Cree usted que el aposento de una jóven no puede visitarlo su futuro esposo acompañado de su madre? preguntó el conde.

—No deja de ser original su capricho, repuso la baronesa; mas puesto que tanto lo desea usted, vamos allá, que por cierto no dejará de sorprenderle nuestra visita.

—Con lo cual se ruborizará, aumentando algunos quilates su hermosura.

—¡Vaya un hombre raro! murmuró el baron para sí, mientras se encaminaban los tres al aposento de Lola.

Contiguo á él inclinóse ceremoniosamente una doncella, á quien la del Monte iba á dar orden de que anunciara, mas atajó la el del Redit con estas palabras:

—Sin anunciarnos, señora....

—¿Pero puede saberse qué objeto se lleva usted, conde?

—Ver por mis propios ojos en qué se ocupa mi futura esposa á las cuatro de la tarde cuando está en su casa.

—En qué cree usted que ha de ocuparse? preguntó la baronesa palideciendo de angustia.

Si se hubiese tratado de Aurora, no le diera ningun cuidado sorprenderla, sabia positivamente que debian encontrarla aburriéndose con algun libro, estudiadamente tumbada en una butaca, que es como debe recibir una jóven del gran mundo; pe-

ro Lola!... desde que te dieron tan extrañas manías, ¿podía nadie presumir en qué se ocupaba?... Era muy capaz. ¡Oh, sí, muy capaz! de estar... hasta trabajandol... ¡Horror! ¿Qué diría el conde?... ¡La futura condesa del Redil con dedal y aguja como una mísera costurera! ¡Ay! Su excelencia sudaba gotas de amargura; así que, llegados á la puerta del aposento, penetró precipitadamente en él, oyéndola exclamar en seguida con voz ahogada:

—¿Qué estás haciendo?... y prosiguió alto; pase usted, conde.

Entró óste con el baron, no sin gran asombro de Lola, que no podía comprender el por qué de aquella invasion, y echó una rápida mirada en su derredor, la que bastó para ver cerca la doncella que estaba con la jóven, una caja con hilas, y un trapo del cual las hacia, en la mano de aquella; que en su turbacion no sabia dónde ocultarlo. Lola, que al ver á su madre se habia pinchado en la mano izquierda, apretábase disimuladamente la herida con

la derecha, poniendo así de manifesto el dedal que aún conservaba en su dedo y por detras de la baronesa asomaba una canastilla llena de ropa que el traje no acertaba á ocultar, pues cuanto más lo procuraba, más en descubierto la ponía. Una sonrisa de amor y satisfaccion brilló en los labios del conde, que estrechó la mano de su amada, diciéndola:

—Perdone usted este asalto á su gabinete, del cual yo soy el culpable; mas deseaba verla á usted cuando usted no esperaba verme; deseaba saber en qué se ocupaba usted cuando el mundo no la veía. ¡Lo he visto, Lola!... Perdon si he sido indiscreto; perdon por una curiosidad que yo bendigo.

La baronesa, que estaba en aquel momento fuertemente atacada de los nervios, no debió, sin duda, entender las últimas palabras del conde, pues que procurando en vano disimular su cólera, repuso:

—Mi hija es sobrado condescendiente con su doncella en permitirle trabajar á su

lado; y volviéndose á ésta, continuó:—Váyase usted muy enhoramala con sus labores, y aprenda, si no lo sabe, el puesto que le corresponde ocupar.

—¡Mamá! exclamó Lola conmovida por el bochorno que por su causa sufriera la jóven.

—Dispense usted, señora baronesa, dijo el conde, mas es tambien culpable su hija de usted, dígalo el dedal que, qual honrosa condecoración, brilla en su dedo, y la canastilla que detras de usted contiene la labor, no escasa por cierto. . . . Vamos á ver, Lola, ¿querrá usted enseñarme lo que está usted haciendo?

—¿Qué sé yo . . . entreteníame? . . .

—¿En qué?

Miró la jóven á su madre como pidiéndole consentimiento, mirada que no escapó al conde, y que le hizo exclamar:

—¡Oh! la señora baronesa no se opondrá, estoy seguro, ¿oesia usted?

Tomó Lola de la canasta dos prendas á medio hacer, propias para niños, y ense-

ñólas con timidez al conde, poniéndose como la grana.

—¡Bravísimo! exclamó éste.

—Son para dos huerfanitos, dijo la jóven tirándolos de nuevo en la canastilla.

—Y si mal no recuerdo, ha honrado usted esa tela vistiendo de ella un traje.

—Oh, esto es demasiado! clamó la baronesa, y acordandosa del por que estaban allí, continuó:—Dispense usted, conde; mi hija tiene un mal ejemplo en casa, del que es menester apartarla cuanto antes. . . . pues. . . .

—¡Ah! . . . no prosiga usted, señora, interrumpió el del Redil. . . . Vea yo siempre á mi esposa confeccionar trajecitos para los desnudos huerfanos en sus ratos de ocio, en compañía de una doncella, que esté haciendo hilas para los enfermos. . . . Sí, Lola, continuó: hoy como nunca me creeré honrado y dichoso si consigo obtener su mano.

Hizo aquella un gesto de sorpresa y alegría, y allí mismo acabó de concertarse la boda, separándose al fin los dos futuros es-

posos más enamorados que nunca, y diciéndole la baronesa al suyo luego que se vieron solos:

—A pesar de las muchas ventajas que nos ofrece este yerno, confieso que me es antipático.

Momentos despues, un criado anunciaba á los barones la visita de los señores de Velasco, y poco les faltó para perder entrambos el juicio al oír que se trataba nada ménos que de dar la mano de su sobrina la duquesa de Clarendon. ¿Era esto posible? Ella, con tantos títulos, con tantos millones, dar su mano, ¿á quién? A un escritor, á un pobre diablo, que no hacia tres meses se moría de hambre, y á quien una ráfaga de viento favorable habia sacudido el polvo bajo el cual yacia, arrojándole una pequeña fortuna al rostro, que el viento debía asimismo llevarse, pues decia el del Monte que escritores y artistas eran todo pura ilusion; y en ilusion se convertia hasta el oro que sus manos tocaban. El talento..... ¿y qué eran el talento y el

genio en concepto de los barones? Dos palabras como otras cualesquiera; ¿qué figuras heráldicas representaban? ¿Qué se podía sumar ni restar de ellas? Ciertamente que el baron fué de los primeros en proporcionarse un ejemplar de la famosa obra del gran escritor; mas fué por seguir la corriente del gran mundo, en el cual vivia, pues no habia biblioteca que no contara entre sus volúmenes tan celebrado libro. Comprólo, pues, y sin abrirlo siquiera, cuidó de colocarlo donde mejor pudiera verse, quedando así su orgullo satisfecho; por lo demas, ¿qué significaba para él su autor? Un hombre que hace libros y los vende; lo mismo que hace el sombrerero con sus sombreros. ¿Quién era aquel advenedizo? ¿De dónde venia?..... ¿Qué blasones acompañaban su pretension á la mano de tan ilustre dama?

Semejantes á los del basilisco los ojos de la baronesa, fijábanse encolerizados en aquella señora, sencillamente vestida de seda negra, y en aquel jóven que, sin más

escudo que su pluma, osaba levantar sus miradas hasta la mujer que su hijo pretendía.....

A las impertinentes palabras que su ofendido orgullo la inspirara, contestó dignamente doña Carmen de Velasco en estos términos:

—Sus excelencias comprenderán que el venir á solicitar su consentimiento para el enlace de su señora sobrina con mi hijo, es un paso de mera atencion, pues de mayor edad y huérfana de padres, es la duquesa libre de dar ó negar su mano, sin embargo, ella creyó conveniente, que así fuera, y lo mismo mi hijo que yo accedimos á su deseo, creyendo que sus excelencias comprenderian toda la delicadeza de este paso.

—No obstante, dijo el del Monte terciando en la conversacion delante de su esposa por primera vez en su vida, ustedes comprenderán...

—Excelencias, baron, objetó el jóven herido en su dignidad, tratamos de potencia á potencia,

—Creo que lo más sencillo es llamar á Adriana, dijo la del Monte, dirigiéndose á su esposo y sin dignarse mirar á sus visitantes.

—Excelente idea, señora, repuso la anciana, por ahí debíamos haber empezado.

Momentos despues entraba en el salón Adriana de Wolsey, la que lanzó una mirada llena de amor al jóven, abrazó cariñosamente á su anciana madre, y tomando asiento entre ésta y su tia, dijo:

—Los señores habrán dicho ya el objeto de su visita.... Siendo ustedes toda mi familia, hemos creído un deber contar con su beneplácito.

—El que otorgamos desde luego, pues no dudó que la esclarecida duquesa de Clarendon habrá elegido un esposo digno de ella, dijo enfáticamente el baron.

—¡Y tanto!... contestó Adriana.

—Que habrá tenido en cuenta la elevada alcurnia de su cuna; y unirá sus blasones á otros que puedan competir con ellos...

—¡Oh!... en eso, murmuró la duquesa

bajando los ojos, no me es dado igualar al señor de Velasco; mis blasones se oscurecen al brillo de los suyos, pues la nobleza del talento, descendiente del mismo Dios, ofusca y aniquila á la que heredamos unos de otros en este mísero suelo.

—¿Y no tiene otros títulos el señor de Velasco? preguntó la del Monte con desdenosa sonrisa.

—Ninguno, baronesa: mas mi señora madre es viuda de un alto funcionario del Estado condecorado por sus servicios con la gran cruz de Carlos III, distincion con que ha dos dias acaba de agraciarme S. M.

Mordióse la baronesa los labios hasta hacerse sangre, é inclinóse ceremoniosamente miéntras decia Adriana:

—Yo ignoraba....

—Esto no hace al caso, Adriana mía, respondió Enrique. Para sus excelencias será excelentísimo señor, ya que esto les satisface; para mí Adriana, el Enrique de la guardilla, el jóven pobremente vestido, que el dia de su llegada á España tuvo la

honra de recibir de ella una bondadosa mirada al sér, si no ofendido, menospreciado por la baronesa del Monte al hacerla entrega de un brazaletes que se le habia extraviado.

—Cómo.... ¿es usted?....

—¡El mismo, señora!.... ¡Qué quiere usted, este es el mundo! Por lo mismo nunca deberiamos olvidar la divina ley que á todos nos hace hermanos.

La baronesa estallaba de cólera; parecíale un sueño cuanto en aquel instante pasaba, lo que comprendiendo Adriana, y por temor á alguna inconveniencia por parte de su tia, abrevió el asunto; y despues de arreglado, para consolar á los barones del sofocon que tomaran con su inesperado enlace, propuso que dentro de algunos dias se diera un baile en la casa, en el que se participaria la boda de su prima al par que la suya. Despues acompañó por sí misma á su futuro esposo y madre hasta la antesala; y penetrando luego en su alcoba, arrodillóse á los piés del Crucificado, per-

maneciendo algunos minutos en oracion. La baronesa se ahogaba de despecho; habia escupido en el aire y manchádose el rostro. A no estar poseida por el demonio del orgullo, hubiera visto el dedo de Dios en cuanto sucedia; mas ella no podia ver mas que los cuatrocientos millones solicitados por su nobilísimo hijo ir á parar en manos de un cualquiera, que no era otra cosa un escritor y una excelencia de guardilla. ¿Qué papel haria su hijo ante la sociedad?.... Y ella misma, ¿no se veria precisada á recibir favores de un hombre á quien un dia quiso dar una limosna? ¡Qué humillacion! Verdad que su hija hacia una brillante boda con el conde del Redil; pero ¿acaso no era éste de la misma ralea que la duquesa?.... La del Monte vertió lágrimas por primera vez en su vida, lágrimas de fuego salidas del infierno que sentia en su corazon. Su esposo, que estaba acostumbrado á temblar ante sus miradas, al ver las que ahora despedia á través de aquel rocío, poco le faltó para

perder su serenidad; y no sabiendo las frases de reglamento para tales casos, pues en su vida habia visto tomar nada tan por lo sério, llamó á su hijo Luis y á su hija Aurora, que eran los que más con la mamá congeniaban. Sorprendido el uno y de mal talante la otra, entraron en el aposento, oyendo seguidamente el relato de lo sucedido, que contado por el baron, no tenia las cuatro quintas partes de gravedad que por la baronesa tuviera, y que fué contestado por una desdeñosa mueca de Aurora, que dijo:

—Creí que se quemaba la casa. ¿Y eso te hace llorar?

—¿Yo llorar? exclamó iracunda la baronesa, no; es la rabia que se me sale por los ojos; y volviéndose á su hijo, continuó. ¿Has visto más humillacion?

Habiase quedado éste con la mirada fija en la alfombra, y al oir la voz de su madre, murmuró:

—¿Y vosotros habeis consentido?

—¿Podíamos acaso oponernos? dijo el baron.

—¡Oh! sí, debiste protestar enérgicamente contra tal enlace.

—Con lo que hubiéramos conseguido sencillamente que se verificase sin nuestro consentimiento.

—¡Dios mío, Dios mío! exclamó la baronesa; pensar que he de verme humillada á mirar como sobrino á este hombre, á tener que aceptar...

—¡Oh, no, por mi vida! exclamó el baroncito con enérgico acento; es menester que sepa ese aventurero con quién se las há, y si ha podido sorprender la buena fé de una mujer inexperta, sepa tambien que no falta quien mire por el brillo de su nombre.

—¿Qué intentas hacer? preguntó el baron.

—Dar una leccion á ese perdido.

—¡Cómo! ¿ignoras acaso que la duquesa le ha concedido su mano?

—Falta ahora que la logré.

—No seas majadero, repuso su padre.

—No, Luis, nada conseguirás, prosiguió la baronesa; al contrario, si os batís y te vence...

—¡Por los cielos! gritó Luis, seria el primer hombre que se ha reido de mí.

—Mas sea lo que quiera, ¿conseguirias acaso la mano de tu prima? objetó su padre.

—Lo que importa es que no la consiga él: dejadme á mí, conozco esta casta de pájares y sé cómo se han de tratar.

—Por Dios, Luis... murmuró su madre.

—Basta.

Y salió bruscamente de la estancia, en tanto que su padre se encogia de hombros, y la baronesa, martirizando la borla de un almohadon hasta arrancarla, murmuraba entre dientes:

—¡Cualquiera que sea el resultado, redundará en perjuicio nuestro! ¡Oh, esto solo á mí me pasa!...

Aurora escuchaba indiferente cuanto hablaban en su derredor, arreglándose un grupo de flores colocado en su pecho.